

ROMEO Y JULIETA

TEXTO 7

(Capilla de Fray Lorenzo)

Julietta: ¡Oh padre, cierre la puerta y prepárese a llorar conmigo! ¡No hay remedio, esperanza ni socorro para mí!

Fray Lorenzo: ¡Ah, Julieta! ¡Entiendo tu sufrimiento, que me saca de cordura! Me he enterado de que el próximo jueves, y sin que nada pueda retrasarlo, debes casarte con ese conde.

Julietta: ¡No me lo diga, padre, si no me dice cómo puedo evitarlo! ¡Si no encuentra una solución en su sabiduría, apruebe, al menos, mi decisión! ¡Y con esta daga acabaré de inmediato con mi mal! Dios unió mi corazón al de Romeo, usted enlazó nuestras manos; antes que mi corazón sea desleal, este acero dará fin de una y otro [...]

Fray Lorenzo: Alto, hija mía: atisbo cierta esperanza, sin embargo su solución es tan desesperada como desesperado es el mal que intentamos prevenir. Si tienes la suficiente fuerza de voluntad para quitarte la vida antes que casarte con París, quizá te arriesgaras a un simulacro de muerte para evitar tal deshonra. Si a ello te atreves, yo te daré el remedio.

Julietta: ¡Oh! ¡Antes que desposarme con París, ordéneme que me lance desde lo alto de las almenas de una torre, que camine por caminos repletos de ladrones, que me abrace a las venenosas serpientes, que me encadene con los rugientes osos! ¡Enciérrame de noche en un osario, todo cubierto de crujientes huesos de difuntos, de ennegrecidas tibias y de amarillentas calaveras descarnadas! ¡Sepúltame en una tumba recién cavada, o haz que me amortaje con un cadáver!, cosas todas ellas que al escucharlas me aterraban, lo haré sin temor ni vacilación alguna, a cambio de vivir sin deshonra.

Fray Lorenzo: ¡Escucha, entonces! Ve a tu casa; muéstrate alegre y acepta desposarte con París. Mañana, que es miércoles, te quedas por la noche sola en tu cuarto, intentando alejar a tu Ama. Cuando estés en el lecho, toma este frasco y bebe hasta la última gota de este destilado licor. Inmediatamente correrá por tus venas un humor frío y letárgico, que amortiguará tus alientos vitales. Cesará de latir tu pulso y quedarás sin fuerza y sin calor. Tu vida parecerá acabada, y las rosas de tus labios y mejillas se marchitarán hasta quedar pálidas como la ceniza. Se cerrarán las ventanas de tus ojos, como cuando los cierra la muerte a la luz de la vida. Tus miembros, privados de toda flexibilidad, se mostrarán rígidos, como los de un cadáver. Todo demostrará que has muerto. Y en tal apariencia permanecerás 42 horas, despertando después como de un plácido sueño. Por la mañana del día señalado para tu boda, al ir a levantarte, te hallarán muerta en tu lecho. Entonces, como es costumbre en nuestro país, ataviada con tus mejores galas y descubierta en el féretro, te conducirán a la antigua cripta, donde reposa toda la familia de los Capuletos. Mientras tanto, y antes de que tú despiertes, Romeo se informará por cartas mías de nuestro plan, y vendrá. Él y yo velaremos juntos tu despertar hasta que vuelvas a la vida, y aquella misma noche Romeo te llevará a Mantua. Esto te librá de ese inminente deshonor, si algún capricho efímero no abate tu valor en el momento más crítico.

Julietta: ¡Acepto! ¡Oh, no me hables de temor!

Fray Lorenzo: ¡Toma, retírate y sé dichosa en tu determinación! Yo despacharé en seguida un monje a Mantua con cartas mías para tu señor.

Julietta: ¡Amor, dame fuerzas, y la fortaleza me dará remedio! ¡Adiós, querido padre! *(Sale)*.

TEXTO 8

(Una calle de Mantua. Aparece Romeo)

Romeo: De creer en la halagadora visión del sueño, mis sueños pronostican próximas y favorables noticias [...](*Entra Baltasar con botas para montar*) ¡Noticias de Verona! ¿Qué hay, Baltasar? ¿Traes alguna carta del fraile? ¿Está bien mi señora? ¿Sigue bien mi padre? ¿Cómo está mi Julieta? Nada puede ir mal si ella se encuentra bien.

Baltasar: Ella no puede estar mejor; luego nada puede ir mal... ¡Su cuerpo descansa en el panteón de los Capuletos, y su parte inmortal mora con los ángeles! Yo mismo la he visto enterrar en la cripta de sus antepasados. ¡Oh, perdóneme si le traigo noticias tan dolorosas, pues tal misión me confió, señor!

Romeo: ¿Es eso posible? ... ¡Entonces, estrellas, no creo en su poder! ¡Ya sabes mi albergue! ¡Consígueme papel y tinta, y alquila caballos! ¡Parto esta misma noche!

Baltasar: ¡Por Dios, señor, tranquilícese! Su rostro desencajado y pálido anuncia alguna desgracia.

Romeo: ¡Bah! ¡Te engañas! ¡Déjame y haz lo que te ordeno! ... ¿No traes para mí cartas del fraile?

Baltasar: Ninguna, mi querido señor.

Romeo: ¡No es importante! Retírate y alquila esos caballos, que en seguida te sigo. (*Sale Baltasar*). ¡Bien, Julieta, esta noche descansaré contigo! Recuerdo a un boticario, y muy cerca de este sitio vive, a quien vi hace poco, cubierto de harapos, de tétrica mirada, cogiendo hierbas medicinales. Notando esta penuria, dije para mí: si en este instante precisara un hombre de un veneno, este infeliz miserable que se lo expendería. Si no recuerdo mal, ésta debe ser la casa.... (*Entra en la tienda*). ¡Hola! ¡Eh! ¡Boticario. (*Aparece el boticario*)

Boticario: ¿Quién llama tan fuerte?

Romeo: ¡Veo que eres muy pobre! ¡Toma cuarenta ducados, véndeme una dosis de veneno, una sustancia tan severa, que al propagarse por las venas caiga muerto aquel que, fastidiado de la vida, la beba, y haga salir su alma del cuerpo con la misma violencia que un cañón.

Boticario: Cuento con esos mortales venenos; sin embargo, las leyes de Mantua sancionan con la muerte a quien los venda.

Romeo: ¿Estás tan lleno de guiñapos y miseria, y aún tienes miedo de morir? ¡Llevas el hambre retrasada en tus mejillas! ¡La pobreza y la opresión se asoman hambrientas a tus ojos! ¡El mundo no establece ninguna ley para que te enriquezcas! ¡Así que aprovecha y toma esto!

Boticario: Mi pobreza consiente; pero no mi voluntad.

Romeo: No es tu voluntad lo que pago, sino tu pobreza.

Boticario: Disuelve esto en un líquido, y bébelo hasta la última gota; aunque tengas la fuerza de veinte hombres, caerás muerto de inmediato.

Romeo: ¡He aquí tu oro, veneno más funesto para el alma de los hombres y causante de más muertes en este mundo abominable que esas pobres mixturas que no te dejan despachar! ¡Yo soy quien te vende a ti el veneno; no tú el que me lo vendes a mí! ¡Adiós!

TEXTO 9

(Escena final. Un camposanto, en el que se erige el monumento de los Capuletos. Aparecen Romeo y Baltasar con una tea, una pala, etcétera.

Romeo. ¡Te advierto, por tu vida, que veas lo que veas o escuches lo que escuches, debes permanecer fuera de aquí y no me interrumpas! El por qué desciendo a esta cueva de la muerte, en parte es para contemplar el rostro de mi adorada; pero principalmente para quitar de su dedo difunto una sortija preciosa que necesito. De modo que ¡retírate pronto!

Baltasar: Me retiro, señor, y no lo fastidiaré.

Romeo: De esta manera me demostrarás tu afecto. Toma esto. Vive y sé feliz. ¡Y adiós, buen compañero!

Baltasar (*Aparte*): Voy a ocultarme, por eso mismo, cerca de aquí. Me atemorizan sus miradas, y sospecho de sus intenciones. (*Se retira*).

Romeo: ¡Tú, seno de muerte, repleto del bocado de la tierra, así fuerzo yo a que se abran tus quijadas podridas, y en compensación he de atiborrarte de nuevo pasto! (*Abre la tumba*). [...] ¡Oh! ¡Amor mío! ¡Esposa mía! ¡La muerte que ha saboreado el néctar de tu aliento, ningún poder ha tenido aún sobre tu belleza! ¡Tú no has sido vencida! ¡Hermosura ostenta todavía su carmín en tus labios y mejillas, y el pálido estandarte de la muerte no ha sido enarbolado aquí! (*Romeo se dirige a la tumba de Teobaldo*)

Romeo. Teobaldo, ¿eres tú quien yace en esa sangrienta mortaja? ¡Oh! ¿Qué mayor favor puedo hacer por ti que, con la mano que segó en flor tu juventud, tronchar la del que fue tu adversario? ¡Perdóname, primo mío! ¡Ah! ¡Julieta querida! ¿Por qué eres aún tan bella? ¿Habré de creer que el fantasma de la muerte se ha enamorado de ti y que ese aborrecible monstruo te guarda en estas tinieblas? ¡Así lo temo, y por ello permaneceré siempre a tu lado, sin salir jamás de este palacio de noche sombría! ¡Ojos míos, lancen su última mirada! ¡Brazos, den su último abrazo! Y ustedes, ¡oh, labios!, puertas del aliento, sellen con un legítimo beso el pacto sin fin con la muerte. (*Cogiendo el frasco del veneno*) ¡Ven, amargo conductor! ¡Ven, guía fatal! ¡Tú, desesperado piloto, lanza ahora de golpe, para que vaya a estrellarse contra las duras rocas tu maltrecho bajel, harto de navegar! (*Bebiendo*) ¡Brindo por mi amada! ¡Oh, sincero boticario!, ¡tus drogas son activas! ... Así muero..., ¡con un beso! ... (*Muere*).

(Entra por el otro extremo del cementerio Fray Lorenzo con una linterna, una palanca...)

Fray Lorenzo: ¡San Francisco me ayude! ¡Cuántas veces han tropezado esta noche con las tumbas mis viejos pies! ¿Quién va? ...

Baltasar: Aquí, un amigo que lo conoce bien.

Fray Lorenzo: ¡Dios te bendiga! Dime, mi buen amigo, ¿aquella tea que en vano presta luz a los gusanos y vacías calaveras, no arde en el panteón de los Capuletos?

Baltasar: Así es, venerable señor, y allí está mi amo, a quien aprecias.

Fray Lorenzo: ¿Romeo? ¿Hace mucho que está aquí?

Baltasar: Media hora.

Fray Lorenzo: Ven conmigo a la cripta.

Baltasar: No me atrevo, señor. Mi amo no sabe que estoy aquí, y me ha amenazado terriblemente de muerte si me quedaba para acechar sus intentos.

Fray Lorenzo: Quédate, entonces. Iré yo solo. El miedo se apodera de mí. ¡Oh, mucho temo un funesto accidente! (*Avanzando hacia el interior*). ¡Romeo! ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué sangre es ésta que mancha los umbrales de piedra de este sepulcro?? (*Entrando en el panteón*). ¡Romeo! ¡Oh, pálido!... ¿Qué hora terrible ha sido culpable de este lance desastroso? ... La señora parece despertar ... (*Julieta despierta*).

Julieta: ¡Oh fraile consolador! ¿Dónde está mi esposo? Recuerdo bien dónde debía hallarme, y aquí estoy. ¿Dónde está mi Romeo? (Ruido dentro).

Fray Lorenzo: ¡Oigo ruidos! ¡Señora, abandonemos este antro de muerte! ¡Un poder superior a nuestras fuerzas ha frustrado nuestros planes! Vámonos, vámonos de aquí. Tu esposo yace ahí

muerto [...] Ven, yo te haré ingresar en una comunidad de santas religiosas. ¡No me interrogues, pues la ronda se acerca! ¡Vamos! ¡No me atrevo a permanecer más tiempo!

Julietta: ¡Vete, márchate de aquí, pues yo no me moveré! (*Sale Fray Lorenzo*). ¿Qué veo? ¿Una copa apretada en la mano de mi fiel amor? ¡El veneno, por lo visto, ha sido la causa de su prematuro fin! ... ¡Oh, ingrato! ¿Todo lo apuraste, sin dejar una gota amiga que me ayude a seguirte? ¡Besaré tus labios! ... ¡quizá quede en ellos un resto de ponzoña para hacerme morir!

Guardia: (*Entrando*): ¡Guíanos, muchacho! ¿Por dónde?

Julietta: ¿Qué? ¿Rumores? ¡Seamos breves, entonces! (*Cogiendo la daga de Romeo*) ¡Oh, daga bienhechora! ¡Ésta es tu vaina! (*Hiriéndose*). ¡Enmohécete aquí y dame la muerte! (*Cae sobre el cadáver de Romeo y muere*).

(*Entra la ronda con los guardias*).

Guardia: Está el suelo ensangrentado. Recorran el cementerio y detengan a quienquiera que hallen ... ¡Qué desolador espectáculo! ¡Aquí yace Julietta sangrando, recién fallecida, tras haber estado aquí dos días sepultada! Vayan a buscar al Príncipe; corran a casa de los Capuletos; despierten a los Montescos; que algunos otros practiquen indagaciones. Vemos el lugar donde ha ocurrido esos desastres, pero aún no sabemos cómo se han originado. [...]

TEXTO 10

(*Llegan al lugar el Príncipe con su séquito y los familiares de las dos familias*).

Príncipe: Fraile, di en seguida lo que sepas del asunto.

Fray Lorenzo: Seré breve, señor. Romeo, aquí muerto, era esposo de Julietta. Yo los casé, y el día de su secreto matrimonio fue el último de Teobaldo, cuya muerte temprana fue causa de que el esposo saliera exiliado de esta ciudad, por el cual, y no por Teobaldo, padecía Julietta. Usted (*a Capuleto*), con objeto de alejar de ella aquel dolor, la prometió con el conde de Paris, y se empeñó en casarla con él, contra su voluntad. Entonces vino ella a mí, y, con el semblante turbado, me rogó que trazara algún medio para librarla de este segundo matrimonio, o, de lo contrario, allí mismo, se daría la muerte. Le di entonces un brebaje letárgico, que obró como yo esperaba, pues produjo en ella la apariencia de la muerte. Mientras tanto, yo escribí a Romeo para que viniera aquí esta misma desgraciada noche, con intención de que me ayudara a sacar a Julietta de su falsa tumba cuando esta despertara. Mas la carta nunca llegó. Entonces, yo solo he acudido a sacar a Julietta de la cripta. Pero cuando he llegado, breves minutos antes del instante en que despertara ella, yacía aquí muerto [...] el fiel Romeo. Se despertó ella: la insté para que saliera de aquí; pero en aquel momento se oyó un rumor que me hizo huir sobresaltado del mausoleo. Ella, desesperada, se resistió a seguirme, y, según todas las apariencias, ha atentado violentamente contra su propia persona. He aquí cuanto sé. De modo que, si en este suceso ha salido mal alguna cosa por culpa mía, sacrifiquen mi vida, ya caduca, breves horas antes de su fin, bajo el peso de la ley más severa.

Príncipe: Siempre te tuvimos por un santo varón. [...] ¿Dónde están esos enemigos? ¡Capuleto! ¡Montesco! ¡Miren qué castigo ha caído sobre sus odios! ¡Los cielos han hallado modo de destruir vuestras alegrías por medio del amor! ¡Y yo, por haber tolerado sus discordias perdí también a dos de mis parientes! ¡Todos hemos sido castigados!

Capuleto: ¡Oh, Montesco! Dame tu mano, pues nada más puedo pedir.

Montesco: Pero yo puedo ofrecerte más. Porque erigiré una estatua de oro puro, para que en toda Verona, ninguna efigie sea tenida en tan alto precio como la de la fiel y constante Julietta.

Capuleto: Tan bella como la suya tendrá otra Romeo, junto a su esposa. ¡Pobres víctimas de nuestra enemistad!

Príncipe: Una paz lúgubre trae esta alborada. El sol no mostrará su rostro, a causa de su duelo. Pues nunca hubo historia más dolorosa que esta de Julietta y su Romeo. (*Salen*).